

La bioética y la paz

FERNANDO SÁNCHEZ TORRES

Médico, escritor y pintor. Presidente del Consejo Superior de la Universidad Central.

Hace algunos años escribí un ensayo acerca de la vida, incluido como primer capítulo del libro *Meditaciones de un octogenario*. En él registraba mi preocupación por la evidente conspiración contra la vida humana, reinante en Colombia, y me preguntaba: “De continuar las cosas como están, ¿cuál será entre nosotros el futuro de las vidas de las generaciones actuales y de las que habrán de seguir las?” En el ensayo respondí que mientras no se lograra una paz completa y perdurable, mientras los colombianos no tomáramos conciencia de los valores que están en juego, el futuro de la vida sería incierto, pues seguiría reinando la intranquilidad y la muerte seguiría enseñoreándose en campos y ciudades, dado que la devaluación de la vida ha llegado a extremos increíbles. “Cuando medito —decía en mi ensayo— sobre lo que ha sido el proceso de la violencia impuesta por la guerrilla, el narcotráfico, las autodefensas y la delincuencia común, me sobrecojo de espanto”. El ensayo concluía con las siguientes reflexiones:

No se necesita tener una imaginación audaz, atrevida, para predecir que mientras no se depongan las armas, los odios y las ambiciones, y rechazemos la muerte violenta, el futuro de nuestras vidas será oscuro. Se hace indispensable desterrar a Caín y otorgarle a la vida un estatus moral y legal de privilegio, que la coloque al amparo de toda agresión premeditada. El advenimiento de la Bioética ha abierto una luz de esperanza, hacia la cual debemos volver los ojos y la mente.

Esta afirmación, registrada hace seis años, adquiere plena vigencia hoy, cuando se vislumbra la posibilidad de que se pacte la paz con uno de los más antiguos y carac-

terizados protagonistas de la violencia: la guerrilla. De lograrse este pacto, no se debe esperar que la paz en Colombia sienta sus reales, pues hay otros elementos que conjuran contra ella y que habrá también que erradicar antes de cantar victoria. De todas maneras, ese primer paso es esperanzador, pues abre el camino para avanzar hacia una paz definitiva.

A la luz de los postulados establecidos por el oncólogo norteamericano Van Rensselaer Potter, creador y divulgador de la bioética en 1971, el papel más importante de esta forma de comprender el mundo ella es crear puentes, vínculos, que unan y comprometan a todas las actividades relacionadas con la vida humana, animal y vegetal, con el fin de asegurar la supervivencia de la especie humana en el planeta Tierra, en condiciones de bienestar y felicidad. No tendría sentido que el hombre y la mujer pervivieran en condiciones lastimosas. Pero a ese Paraíso no es fácil llegar. Es condición *sine qua non* consolidar la paz entre los hombres y la paz entre estos y la naturaleza.

En su *Autobiografía* decía Charles Darwin que “todos los seres vivos han sido creados para, como norma general, disfrutar y ser felices”. Según él, solo siendo felices es posible que la especie humana pueda salir airosa y sobrevivir sobre la tierra.

¿No ha sido la paz, fundamento de la felicidad, una de las muchas utopías que los humanos siempre han querido realizar? Habida cuenta de la condición humana, difícil es despojar a los representantes de la especie de sus impulsos primitivos, agresivos. El autor de *El mono desnudo*, Desmond

Morris, declaraba que, bajo su pulida superficie, el ser humano sigue teniendo mucho de primate. Tal concepto lo amplía John Hodgdon Bradley, quien fuera profesor de Geología de la Universidad de California del Sur. En su libro *Autobiografía de la Tierra*, Bradley consignó que “aun en el caso de que el hombre pudiera aprender algún día a alejar a la bestia de su espíritu, jamás podrá arrancarla de su carne”. Nietzsche lo resumía así: “¡Hay tantas cosas horribles en el hombre...!” Ese, su comportamiento de lobo hacia sus congéneres, es lo que ha impedido que en algún momento de la historia de la humanidad la paz completa haya sido una constante. Desde sus orígenes –si hemos de darles crédito a los *Libros Sagrados* del cristianismo–, el hombre lleva las manos manchadas con la sangre de su hermano. Caín fue un personaje que se hizo imperecedero, que no ha podido ser desterrado. Por eso la paz, la no agresión, es un asunto al parecer inalcanzable, pues el hombre busca la paz cuando hay guerra y añora la guerra cuando hay paz. ¿Será cierto lo que decía don Miguel de Unamuno?: “La guerra mata menos almas que la paz; esta se presta para que las almas se corrom-

Los episodios de crueldad divulgados por los medios y los que he presenciado me llevan a aceptar que somos tan violentos como lo fueron los hombres primitivos, los bárbaros de la edad de las cavernas, que no supieron lo que era vivir en paz.

pan, se perviertan”. De ser así, podría inferirse que es la paz la que induce a la guerra y se establece así un círculo vicioso imposible de romper. La guerra, en cualquiera de sus intensidades y manifestaciones, es algo repudiable. Sin duda, no hay guerras buenas; por eso siempre se propicia su final. Da pena saber que Mateo, uno de los evangelistas, puso en boca de Jesús estas palabras: “No penséis que he venido a traer la paz a la Tierra; no he venido a traer la paz sino la espada”.

Me correspondió ser contemporáneo de una Guerra Mundial monstruosa y de muchas otras –también monstruosas– en distintas regiones del planeta. Además, en Colombia he sido testigo atónito de un conflicto interminable, como que supera los cincuenta años de existencia. Los episodios de crueldad divulgados por los medios y los que he presenciado me llevan a aceptar que somos tan violentos como lo fueron los hombres primitivos, los bárbaros de la edad de las cavernas, que no supieron lo que era vivir en paz. Por eso mismo pienso que estamos predeterminados a vivir en guerra porque tampoco aprendimos a vivir en paz, es decir, porque seguimos siendo bárbaros.

Infortunadamente, la paz tiene el riesgo anotado por Unamuno: la corrupción de las almas, que es una forma de guerra larvada. En nuestro país –duele decirlo– los individuos de alma muerta constituyen una legión tan grande que supera los incontables cadáveres que ha dejado la guerra declarada. La relajación de las costumbres y la indiferencia frente a las inequidades sociales son dos de los morbos que conspiran contra la pervivencia de la paz. Mientras ellos no se erradiquen, la paz seguirá siendo una utopía, simbolizada ingenuamente en una paloma blanca, que es una criatura frágil, volátil, de corta vida.

Nuestra Constitución reza que la paz es un derecho y un deber de obligatorio

cumplimiento. Ante este mandato podemos preguntarnos: ¿Qué hacer para que tenga permanente cumplimiento? ¿Promulgar más leyes? Me temo que yo sea un redomado pesimista, pues como respuesta encuentro lo que escribiera hace un siglo el neurofisiólogo español Santiago Ramón y Cajal: “A despecho de la influencia educadora de la filosofía, del derecho y del arte; a pesar de las maravillosas conquistas de la ciencia y de la técnica, nuestras células nerviosas continúan reaccionando casi lo mismo que en la época neolítica: igual tendencia irresistible hacia el robo en cuadrilla, la misma afición al vaho de sangre ajena, idéntica aversión hacia los pueblos que hablan otra lengua o habitan del otro lado de un río o de una cordillera”. Si la paz se presta para cometer tantas ignominias, ¿se justifica anhelarla vehementemente? El filósofo Spinoza nos da una respuesta condicionada: “Por amor a la paz podrán consentirse muchísimas cosas; pero si la esclavitud, la barbarie y el aislamiento fueran exaltados en nombre de la paz, esta sería para el ser humano la peor de las miserias”.

Desde cuando yo era un mozalbate (de ello hace un poco más de sesenta años) la paz entre nosotros se ha venido reclamando; más aún, se ha venido implorando vanamente. Recuerdo bien –como que fui un caminante más– la ‘marcha del silencio’ organizada por un partido político perseguido, y la ‘oración por la paz’ pronunciada por Jorge Eliécer Gaitán poco antes de su asesinato. Es probable que esta paz negada se deba a que no la merecemos. En tanto campeen –como medité antes– la corrupción y la indiferencia frente a las injusticias sociales, la paz seguirá estando ausente. La paz no solo se pierde con el uso de bombas, de misiles, de cilindros de gas, de sierras descuartizadoras, de secuestros y boleteos. Se pierde también con la vigencia de medios menos ruidosos –pero más deletéreos–,

como el hambre, la miseria, la aceptación de costumbres disolutas, la acumulación de grandes riquezas (bien o mal habidas) que no redunden en beneficio de los necesitados, con la deshonestidad en el manejo de los bienes del Estado...

¿Qué hacer para alcanzar la verdadera paz?

Las reflexiones que me ha suscitado el tema de la paz pueden dar la impresión de que no hubiera nada que hacer para alcanzarla. No es así. La paz no es una planta que crezca por generación espontánea. No basta invocarla. Hay que sembrarla y cultivarla, es decir, cuidarla para que se desarrolle y llegue a dar frutos y sombra. Creo que, precisamente, el papel de la Bioética es ir al meollo del asunto: preparar a los hombres y a las mujeres para que hagan las veces de sembradores, cultivadores y recolectores de esa planta exótica llamada *paz*, sin la cual no se alcanza la *felicidad*, fin último de la Bioética. Sí, hablo de la felicidad, que no es cosa distinta a la vivencia de una plena posesión y una plena fruición de todo lo que uno es, puede ser y quiere ser, tal como la definió el médico y humanista español Pedro Laín Entralgo.

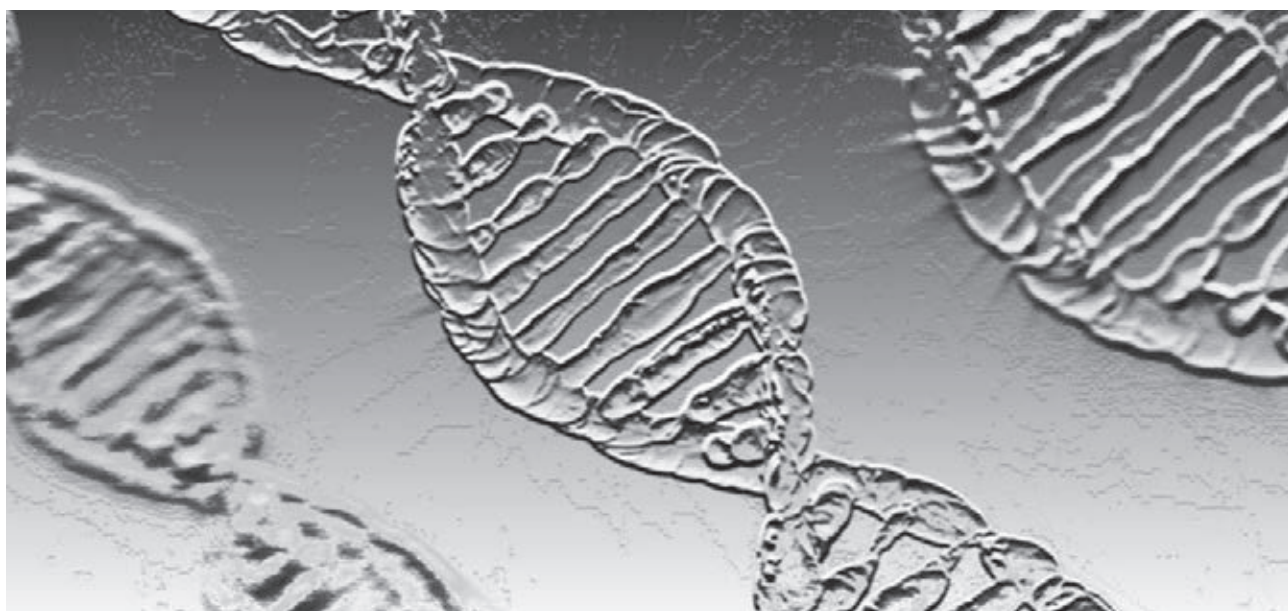
La paz tiene que ver con la persona y con su entorno, que existen casi siempre en relación recíproca. Digo casi siempre, pues puede haber paz en el entorno sin que la persona tenga paz en su interior, lo cual es una verdadera desgracia. El papel de la Bioética es llegar a los espíritus para apaciguarlos, desarmarlos y hacerles entender que la paz es la expresión máxima del bien, es decir, un *éthos*. El entorno, la naturaleza, *per se*, puede convertirse en agresora feroz del hombre y comprometer su paz. Charles Darwin lo advertía: “En la Naturaleza todo es guerra”. Es válida entonces la manipulación que el hombre emprenda para

domeñarla, pero no atacarla cuando se halle en paz.

La posibilidad de que el hombre de ciencia llegue algún día a manipular a los de su especie para alterar su naturaleza física o su comportamiento ha sido desechada de plano, por atentar contra la dignidad de la persona, contra su propia identidad. Es un imposible ético. Sin embargo, ¿qué pasaría si pudiera refrenarse en el cerebro del hombre el grupo neuronal que nos hace salvajes, violentos? Creo que el proceder tendría validez ética. ¿Es una utopía? Hace unos cuarenta años un investigador español, José Manuel Rodríguez Delgado, implantó a un toro bravo unos electrodos en su cerebro. Mediante corriente eléctrica el toro dejó de embestir y se convirtió en un animal dócil. Aunque cuestionada científicamente, esta experiencia deja la inquietud acerca de la posibilidad de controlar el funcionamiento de la mente humana por medios eléctricos o químico-farmacológicos. En febrero de 2009, la revista *Nature Neuroscience* informó que científicos del Departamento de Psicología Clínica de la Universidad de Ámsterdam (Holanda), mediante la uti-

lización de propranolol (un medicamento contra la hipertensión arterial), rompieron el proceso de reconsolidación de la memoria, de manera que los eventos traumáticos o desagradables se borraron, quedaron en el olvido. ¿Llegará el día en que por un procedimiento similar se logren desarraigar del cerebro humano los instintos primitivos? Tal audacia de la ciencia estaría de acuerdo con el imperativo ético preconizado por el filósofo Hans Jonas: “Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica sobre la Tierra”. Creo que aunque se aleja de los cánones éticos defendidos hoy, esta propuesta tendría validez moral, pues tendería a convertir en realidad una de las mayores aspiraciones de la humanidad: *vivir felizmente en paz*. Aquí también comulgo con Baruch Spinoza: “Por amor a la paz podrían consentirse muchísimas cosas”.

Como medité atrás, uno de los grandes compromisos de la Bioética con la humanidad es preparar, en el futuro, cerebros que mejoren el potencial humano para alcanzar la convivencia pacífica, el bienestar y la felicidad de la especie. Esa mejora de



la conducta humana constituye la *Bioética profunda*, que es un enorme logro filosófico. Ella consiste en poner en práctica los mínimos éticos exigibles, el contrato social que Rousseau planteaba como solución para la defensa y protección de la persona y los bienes de cada asociado, haciendo uso de la fuerza común, que es la ley. Por supuesto, la sola existencia de la ley no basta. Don Baldomero Sanín Cano advertía que las leyes que se promulgan y no se cumplen ejercen sobre el sentido moral de los pueblos la misma acción que la de los ácidos sobre ciertos metales. Si esto es así, la Bioética debe ejercer su influjo por igual en la conciencia de los hacedores de leyes, en las de quienes deben hacerlas cumplir y, en especial, en las de quienes debemos acatarlas. Sería una especie de educación hacia la responsabilidad, como la que planteó el psicólogo vienés Víctor Frankl (*El hombre en busca de sentido*) a mediados del siglo XX con el nombre de *logoterapia*. Para Frankl, solo si usamos la libertad para actuar de manera responsable en el planeta, podremos descubrir el sentido de la vida.

En busca del hombre bueno

La ingeniería genética ha sido una de las grandes revoluciones científicas. Un cambio en la constitución de una proteína en un gen determinado puede producir un cambio de personalidad. La ética no permite la manipulación genética para este fin. Afortunadamente, se ha comprobado que el ambiente es también un factor que influye en la manera de pensar y de obrar. En su libro *Qué nos hace humanos*, Matt Ridley dice: “La cultura parece haber sido el carro, no el caballo; la consecuencia, no la causa; de algún cambio en el cerebro”. Pienso que la Bioética puede ser el carro —la cultura— que lleve a la especie humana a

los dominios de la paz (¿se podrá algún día encontrar el caballo?).

En 2005, durante la 33ª. sesión de la Conferencia General de la Unesco, fue aprobada por aclamación la *Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos*, que en su artículo 23 reza: “Para promover los principios enunciados en la presente Declaración (se refiere a la dignidad y los derechos humanos, la justicia social, la protección del medio ambiente, entre otros) y entender mejor los problemas planteados en el plano de la ética por los adelantos de la ciencia y la tecnología, en particular para los jóvenes, los Estados deberían esforzarse no sólo por fomentar la educación y la formación relativas a la bioética en todos los planos, sino también por estimular los programas de información y difusión de conocimientos sobre la bioética”. De tener aplicación estas recomendaciones, estaría propiciándose la *Bioética profunda*, que es la esperanza para poder alcanzar los cambios necesarios en el cerebro de los humanos.

Decía Potter, el fundador de la Bioética: “Espero que las generaciones futuras puedan ser motivadas a desarrollar cerebros que mejoren el potencial humano para una cooperación global, bioéticamente integrada y más inteligente”. Cambiar la actitud de la conducta humana frente a la especie y a la naturaleza es, sin duda, algo filosófico y éticamente profundo. Razón tenía Potter para darle el nombre de *Bioética profunda*. Por todo ello, considero que solo lograremos una paz cierta, es decir duradera, motivando a las generaciones futuras a desarrollar sus cerebros, a mejorar su potencial, a cambiar su actitud frente a la vida de su congénere, el otro. Terminó con una frase de Humberto de la Calle, jefe negociador del Gobierno en La Habana: “El fin del conflicto no es solo el cese de los fusiles. El fin del conflicto debe estar en la mente de los colombianos”. ■